

El comunismo como ideología, ciencia y cultura política de liberación

por Gastón Angel Varesi¹

Marx decía que es en el plano de la ideología donde los hombres toman conciencia de los conflictos en la estructura y Gramsci (2008) recuperaba una y otra vez esta cita para criticar una noción peyorativa de ideología que había arraigado en sectores del marxismo y que identificaba a toda ideología como mera apariencia o falsa conciencia. Gramsci proponía distinguir entre dos tipos de ideologías: unas que él llama «históricamente orgánicas» y que están estrechamente ligadas a determinada estructura y al movimiento de la sociedad, y otras que denomina «arbitrarias», que no pasan de ser meras elucubraciones intelectuales. Gramsci observa que las ideologías históricamente orgánicas organizan masas, forman conciencia e inciden en la lucha, mientras que las arbitrarias sólo crean movimientos individuales y polémicas.

En ese sentido, hay que señalar que es el propio movimiento histórico actual, dado por el cambio en las relaciones de fuerzas tanto a nivel mundial como particularmen-

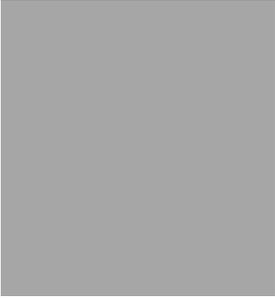
te en nuestra América Latina, donde fueron cobrando forma procesos de luchas populares que llegaron a convertirse en gobiernos, dentro de los cuales, los más radicalizados se animaron a restablecer al socialismo como horizonte para nuestras sociedades. Esta es la época que atravesamos, lo que marca la vigencia del marxismo como ideología, como una ideología que es orgánica al proceso histórico y que vuelve a incidir de forma clave en la conformación de proyectos de cambio.

Formamos parte de un enfoque que es mucho más que un conjunto articulado de ideas, sino que constituye lo que Gramsci denomina como una genuina concepción del mundo: una concepción que expresa una unidad de fines políticos, económicos, intelectuales y morales, y que se asienta en el comunismo como «doctrina de las condiciones de liberación del proletariado», según dijera Engels (1847).

Para forjar esa liberación se debe transitar un largo camino que tiene como punto de partida la críti-

ca al sentido común, entendiendo a este como ese conjunto de concepciones absorbidas acríticamente de numerosos ambientes culturales en los cuales se forma la individualidad moral, de manera disgregada e incoherente (Gramsci, 2008); sentido común que es generalmente incongruente respecto de la posición social de las multitudes porque tiende a estar ligado a las visiones e intereses que las clases dominantes fueron imponiendo y sedimentando. Ahí se evidencia el papel liberador de la crítica, porque permite develar la concepción del mundo que se posee, observar en ella la hegemonía construida por los grupos sociales dirigentes y generar un momento de ruptura que abra paso a la elaboración de una concepción del mundo del propio grupo social al que se pertenece. Allí juegan un rol fundamental la militancia popular y la de los comunistas en particular: el de hacer avanzar esa reforma intelectual y moral, de fundar las ideas, valores y creencias de la liberación.

* Sociólogo, Magíster y Doctor en Ciencias Sociales (UNLP). Becario posdoctoral de CONICET, dirigido por Ana Castellani y co-dirigido por Aníbal Viguera, en el IdHCS. Profesor del Doctorado y la Maestría en Ciencias Sociales y de la Maestría en Políticas de Desarrollo; Profesor Adjunto de «Geografía Económica Argentina» (FAHCE-UNLP). Coordinador de la sede platense del Centro de Estudios y Formación Marxista H. P. Agosti (CEFMA – La Plata). E-mail: gastonvaresi@hotmail.com



Pero, además, el marxismo trasciende las formas más básicas del pensamiento social para alcanzar sus formas más elaboradas, porque constituye un enfoque de carácter científico. Lenin (1920) en su discurso sobre las tareas de la juventud de 1920 señala que la joven generación de su tiempo tenía la enorme responsabilidad de crear la nueva sociedad y que la base para ello se sintetizaba en una sola tarea: aprender la *ciencia* del comunismo. El materialismo histórico y dialéctico creado desde los clásicos y desarrollado y enriquecido por una multiplicidad de pensadores y corrientes que componen al marxismo, sus conceptos y metodología, nos proveen de una herramienta científica indispensable e insustituible para comprender la realidad y, al mismo tiempo, para transformarla. Pero también Lenin levantaba una primera advertencia, señalando que uno de los mayores males que dejaba la sociedad capitalista era el «completo divorcio entre el libro y la vida práctica» (1920:10). A lo que sumaba una segunda advertencia: si el comunismo es una ciencia, entonces la primera aproximación natural que se tiene para aprender, como la lectura de folletos, manuales y material básicos de difusión, es tan necesaria como insuficiente porque puede llevar a caer en el consignismo. Lenin considera este consignismo un flagelo para la práctica transformadora porque si bien aporta ideas elementales que hacen al movimiento en sus planteos u objetivos, si éstas no son acompañadas por el conocimiento complejo de esas rea-

lidades y de la perspectiva desde la cual se busca gestar la transformación, entonces las lecturas y acciones terminan siendo llenados por el imperio del sentido común que está siempre permeado por las ideas de las clases dominantes, y además puede llevar a confundir estas ideas básicas con los fines últimos de la acción militante y a invisibilizar el necesario proceso de conciencia que enmarca una consigna determinada dentro de una estrategia y una táctica determinada.

El consignismo establece una lógica de conocimiento repetitivo que debe ser superado, según Lenin, por el desarrollo de un «espíritu crítico», que apunta a un conocimiento profundo, reflexivo, sobre las realidades que se abordan y sobre el propio enfoque. Este proceso de construcción de un espíritu crítico también se diferencia del «adiestramiento» impuesto por la sociedad burguesa, la construcción de sujetos dóciles en el marco de un sistema de dominación, (y que a veces en la militancia se traducen en lógicas de ordeno y mando) sino que, por el contrario, dice Lenin, hay que construir una «disciplina consciente», de modo que las miles de voluntades aisladas de los oprimidos de una sociedad puedan conformarse por su propia decisión en «una voluntad única», con acción organizada y transformadora.

En ese sentido, pensar las tareas de formación política nos convoca, por un lado, a comenzar con los elementos claves del pensamiento marxista, para develar las relaciones más profundas de las sociedades capitalistas en las que vivimos y aportar a la comprensión de las estrategias de transformación de los nuevos tiempos y para esto se requiere una mirada crítica no sólo sobre el capitalismo, sino sobre los propios materiales de lectura y sobre las propias acciones que desplegamos. Ahí, nuestras Escuelas de Cuadros de Partido y los talle-

res de formación del CEFMA vienen cumpliendo un rol importante. Porque en ese trayecto, buscamos recuperar el método de estudio que plantea Lenin y que él relaciona con el problema de la construcción de una moral militante, de una moral comunista, que implica organizar la actividad práctica ligada al proceso de estudio, o sea, pulir nuestra acción al ritmo que vamos incorporando nuevas herramientas teóricas. Porque como decía Lenin «no hay teoría revolucionaria sin práctica revolucionaria y *viceversa*», por lo que debemos también interpelar los textos teóricos que estamos trabajando desde una mirada crítica según las necesidades del proceso histórico que estamos viviendo, según las propias dinámicas que percibimos en nuestra práctica militante. En esto resuelve Lenin el tema de la moral comunista: «nuestra moral está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado». Y ahí volvemos a la definición de Engels del comunismo como «doctrina de las condiciones de liberación del proletariado».

Este es el aporte particular que nuestra ideología, nuestra ciencia, tienen para realizar: restablecer en la conciencia popular la necesidad de crear las condiciones claves de la liberación: hay que preparar a nuestra fuerza para aportar, con el conjunto de organizaciones del campo popular, a dar esa batalla palmo a palmo, trinchera a trinchera, esa guerra de posiciones, para alterar las relaciones de fuerzas en todas las áreas de la sociedad y construir una hegemonía emancipadora que permita fundar nuevos Estados y forjar nuevas relaciones sociales hasta alcanzar la socialización de los principales medios de producción, para que las fuerzas productivas no se encuentren concentradas en una minoría sino que vuelvan a ser patrimonio del conjunto de la sociedad. Porque de allí

viene, como señala Lenin, la denominación de comunista, de poner en común: la tierra, las grandes fábricas, el trabajo¹.

El comunismo es entonces una ciencia que, como puede verse en todos los prólogos del *Manifiesto*, debe adecuar su acción al análisis concreto de las realidades concretas que aborda, desempeñando una batalla en el plano de las ideas que constituya guías de acción, forjando la unidad de teoría y práctica. Pero, ahora bien, el comunismo no es sólo una ideología y una ciencia, sino también una cultura política, un espacio de representaciones codificadas en una fuerza política concreta, con una historia concreta en la lucha de clases: la posibilidad de construir una hegemonía emancipadora requiere también de la reivindicación de nuestra cultura política y de su articulación más amplia con las otras culturas políticas transformadoras que componen el campo popular.

En este punto parece necesario rescatar los grandes aciertos de análisis y estrategia que se trazaron en la «Carta abierta a las fuerzas revolucionarias y progresistas de América Latina y el Caribe»² (AAVV, 1990), firmada por distintos secretarios de partidos comunistas de la región, incluyendo el nuestro, en el año 1990. Año dramático, donde se estaba viviendo el colapso del socialismo europeo, en vísperas de la desintegración de la Unión Soviética, que coronaría el avance del

neoliberalismo. Mientras los intelectuales orgánicos del gran capital celebraban el supuesto «fin de la historia y las ideologías», la *Carta de los 5* sostenía con la claridad y firme convicción de que «América Latina y el Caribe no tienen alternativa de desarrollo, de democracia y de soberanía dentro de la dominación imperialista, ya que es precisamente esa dependencia la que nos ha hundido en el atraso, en la pobreza y en la carencia o limitaciones a la libertad» (Echegaray *et al*, 1990:89). Y al mismo tiempo, convocaba a «encarnar la nueva esperanza» para lo cual era preciso «fortalecer el tercermundismo y el latinoamericanismo para librar una lucha sin cuartel por la victoria de nuevos proyectos democrático-revolucionarios y por la liberación de nuestros pueblos» (Echegaray *et al*, 1990:90), pensando con cabeza propia y en una unidad amplia apelando a una pluralidad social, política, religiosa e ideológica: «En este Tercer Mundo, en este continente convulsionado, deben cifrarse las nuevas esperanzas revolucionarias, esperanzas que los cristianos, los antiimperialistas, los marxistas, los demócratas, los socialistas, los nuevos líderes populares, los movimientos sociales innovadores, podemos contribuir a convertir en realidad, procurando además que en todo el planeta las fuerzas del progreso se decidan por detener y derrotar la contraofensiva imperialista estadounidense» (Echegaray *et*

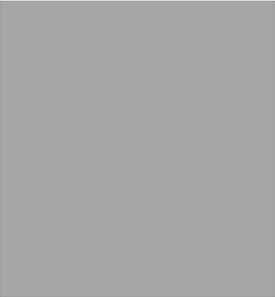
al, 1990:91). Aún en aquel momento de mayor crisis para las fuerzas socialistas, ya perfilaban que América Latina podía constituirse en un continente de cambio si se lograba forjar un gran frente anti-neoliberal y antiimperialista.

Este escenario, difícil de vislumbrar por la derrota que el campo popular estaba sufriendo a nivel internacional, se logró sin embargo construir a través de las numerosas luchas de nuestros pueblos que dieron avances hacia la construcción de un escenario posneoliberal³, articulando a las distintas fuerzas populares y progresistas. Como puede verse a través de las lecturas de los distintos prólogos del *Manifiesto*, Marx y Engels sostienen que las prácticas concretas para el desarrollo de los principios revolucionarios varían en cada momento y en cada lugar, dependiendo de las circunstancias históricas existentes y que los comunistas deben aportar y articular con las fuerzas que en cada momento expresen el avance en un sentido popular. En este proceso de avance, surgieron diversos gobiernos populares que lograron contrarrestar varias de las reformas

¹ «Comunista» viene de la palabra latina *communis*, que significa común. La sociedad comunista es la comunidad de todo: del suelo, de las fábricas, del trabajo. Esto es el comunismo» (1920:16).

² Ver *Cuadernos Marxistas* N°4, abril del 2012

³ Esta designación no remite a la superación completa de la reestructuración societaria que implicó la instauración del neoliberalismo en nuestras sociedades, sino al nuevo escenario complejo que articula rupturas y continuidades, pero que exhibe un proceso en construcción de avance de las luchas populares y de reformas a nivel político-económico como el fortalecimiento de los Estados recuperando algunas empresas previamente privatizadas y con mayor capacidad de regulación frente al mercado, un cambio de énfasis favorable a la producción frente al auge anterior de los procesos de valorización financiera, políticas de inclusión social de carácter universal, frente a las lógicas excluyentes del neoliberalismo y sus políticas focalizadas, mejoras en la distribución del ingreso y de los derechos laborales con avance en los convenios colectivos de trabajo, frente a las políticas de «flexibilización laboral» previas, entre otras.



neoliberal, recuperar los ingresos de los trabajadores, restablecer muchas de las conquistas antes vulneradas en materia laboral, desplegar políticas de inclusión social, fortalecer a los Estados disputando recursos frente a los grupos económicos y desplegar un camino de soberanía rompiendo con la estrategia imperialista del ALCA y forjando un vigoroso proceso de integración regional. Los Partidos Comunistas de esta región somos parte activa de los distintos procesos que a nivel nacional expresan ese avance en sentido popular. Incluso dentro de estos procesos populares, surgieron verdaderas revoluciones socialistas que, articuladas en el bloque del ALBA, cobran nuevas formas según los nuevos tiempos, y es necesario pensarlas en contacto con los grandes lineamientos del pensamiento marxista y en las similitudes que tienen con los procesos anteriores de construcción del socialismo, pero también hay que pensarlas en su particularidad, en su novedad, de acuerdo a las circunstancias históricas actuales.

En primer lugar, estas experiencias recuperan el legado básico de

Marx y Engels de pensar al socialismo como «la conquista de la democracia», de una democracia que, rompiendo los límites de la representatividad burguesa, encarna la participación de los trabajadores en la conducción del Estado, en un proceso que eleva al proletariado de clase subordinada a clase dominante⁴. Ahora bien, este ascenso político del proletariado en la América Latina actual se viene dando a través de movimientos político-electorales de masas con construcción de poder popular, que avanzan a ganar el gobierno, alterar el Estado y dar aire a formas alternativas de producción (con todas las dificultades que implica confrontar con el gran capital en ese terreno), como puede percibirse principalmente en Bolivia y Venezuela.

La confrontación central que conforma la guerra de posiciones actualmente en América Latina se da, como señala Regalado (2014), entre el imperialismo norteamericano y sus aliados criollos, de una parte, y los movimientos populares y las fuerzas políticas de izquierda y progresistas, de la otra, y el elemento clave es la disputa política y electoral por el control de los gobiernos de la región. El bloque popular latinoamericano tiene componentes heterogéneos. Un grupo que busca trascender al capitalismo, como los mencionados países del ALBA (Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, entre otros) que se comprometen a establecer intercambios

comerciales, educativos, culturales, sanitarios, etc. ya no priorizando la mercantilización de esas relaciones sino el bienestar de los pueblos, la lucha contra la pobreza, el analfabetismo y las desigualdades, y que definen como horizonte la construcción del socialismo. Y, por otro lado, un grupo de países más ligados a modelos neo-desarrollistas con componentes nacional-populares, que si bien no han llegado a perfilar un carácter socialista, sí han dado grandes avances contra el neoliberalismo, defendiendo el empleo y la inclusión social y han sido clave para aumentar la soberanía latinoamericana frente al imperialismo, impulsando el proceso de integración como la ampliación del MERCOSUR, la creación de UNASUR y CELAC, apoyando la defensa de los procesos socialistas cuando éstos fueron desestabilizados por las derechas. Estas experiencias aportan, de conjunto, a la conformación de un mundo multipolar en la alianza estratégica con las potencias del BRICS⁵.

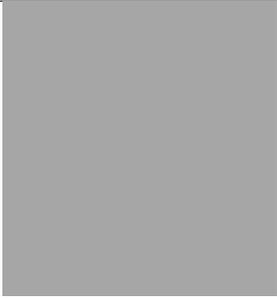
Hoy más que nunca es necesario repensar críticamente los aportes de la ideología y la ciencia marxista a la luz de las nuevas experiencias para construir de modo creativo las herramientas teórico-prácticas que nos permitan comprender nuestras realidades complejas y avanzar en un proceso de emancipación. Y para esto necesitamos un Partido cada vez más fortalecido en términos políticos, ideológicos y organizati-

⁴ La particularidad de nuestra época es que el camino que se transita era visto como el más difícil por los clásicos del marxismo para su época. Engels (1847) señala que la construcción del socialismo por vía pacífica era posible, y que los comunistas serían los últimos en oponerse a esta estrategia, pero también tenía sus dudas, ya que observaban que la burguesía aplastaba con violencia todos los intentos de desarrollo político del proletariado; escenario que Lenin y los comunistas rusos debieron asumir, en contexto de la 1° Guerra Mundial, impulsando la rebelión que llevaría al primer Estado socialista duradero.

⁵ Es importante recordar que Fidel Castro (2014) señala que Rusia y China, junto al BRICS, están «llamados a encabezar un nuevo mundo que permitiría la supervivencia humana», ya que involucrando a la mitad de la población mundial y expresando un nuevo bloque de potencias emergentes, plantea una perspectiva más integradora en el plano del comercio global, rescatando asimismo el rol de las empresas estatales y las PyMEs, y, por otra parte, buscan asumir los grandes desafíos mundiales como el cambio climático, el terrorismo, la importancia estratégica de la educación y la cultura, entre otros.

vos, con un aparato de formación articulado y en expansión, con células consolidadas en todos sus atributos, incluyendo la formación, ya que es el primer y más básico espacio donde deben atenderse las necesidades educativas de la militancia cotidiana, con direcciones capaces, con las Escuelas de Cuadros formando estructuralmente a los camaradas y con el CEFMA generando instancias de producción de conocimiento y de formación que alcance también a la militancia de

otras fuerzas populares. Pero además, para construir una hegemonía de la emancipación necesitamos re-posicionar nuestra cultura política, reescribir la historia nacional reivindicando la lucha de los comunistas, muchas veces menospreciada e invisibilizada en la historia oficial: remarcar el rol de nuestro partido en la historia argentina de modo de trazar esa continuidad con la tarea que nos compete en la actualidad: la de aportar al sostén y a la radicalización de los procesos



de cambio en América Latina, fortaleciendo la unidad antiimperialista y reinstalando al ideario socialista y al socialismo como horizonte de liberación nacional y social.

Bibliografía:

- Castro, Fidel. 2014. «Es hora de conocer un poco más la realidad», en *Taller inicial de Formación Política*, Módulo 4. CEFMA.
- Echegaray, Patricio; Handal, Schafik; Isa Conde, Narciso; Padilla Rush, Rigoberto y Vargas Carbonel, Humberto. 1990. «Carta Abierta a las Fuerzas Revolucionarias y Progresistas de América Latina y el Caribe» en *Taller inicial de Formación Política*, Módulo 1. CEFMA.
- Engels, Friedrich. 1847. «Principios del Comunismo», en *Taller inicial de Formación Política*, Módulo 1. CEFMA.
- Gramsci, Antonio. 2008. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Lenin, Vladimir. 1920. «Tareas de las Juventudes Comunistas. Discurso en la I Sesión del III Congreso de Juventudes Comunistas de Rusia» en *Taller inicial de Formación Política*, Módulo 1. CEFMA.
- Regalado, Roberto. 2014. «La guerra de posiciones en América Latina», en *Taller inicial de Formación Política*, Módulo 4. CEFMA.